

LAS DESGRACIAS DE LA DICHA.

Comedia en dos actos, de Mr. Scribe, arreglada al teatro español por D. Francisco Gonzalez,

para representarse en Madrid el año de 1853.

PERSONAS.

D. Pedro de Sandoval.
Enrique *y*
Mercedes, *sus hijos.*
Eduardo de Monterey.
Luisa de Tenorio, *Condesa viuda.*
El general Paredes.
Teresa, *su muger.*
Un criado de la condesa.

ACTO PRIMERO.

Salon corto. Puerta en el fondo y laterales. En el pri-
er bastidor á la izquierda una mesa. La escena pasa en
a casa de campo inmediata á Sacedon, y en el segundo
otra en los alrededores de Madrid.

ESCENA PRIMERA.

Enrique *y* Mercedes.

r. Mi querido Enrique! Mi buen hermano! Con que al fin te tenemos entre nosotros?

r. Si, querida Mercedes: vengo á pasar un par de neses contigo y con mi bondadoso padre, en esta casa, que tan dulces recuerdos me trae de mi niñez.

r. Con que aun te acuerdas de nuestras niñerías, de uestros paseos, de nuestras lecturas...? Oh! pues a verás como te va á parecer que estas todavia en quel tiempo. Todo está lo mismo. Como que, desde ue murió nuestra pobre madre, quedé yo al frente e la casa, he procurado que nada se cambie, y todo archa del mismo modo. Asi es que papá me dice ue soy toda una muger de gobierno.

r. Ya, ya sé que eres una mugercita. Ya me ha escrito padre que gracias á tus desvelos y á tu economía, pesar de nuestra mediana fortuna, le haces creer ue es un señor opulento.

r. Ya vés, en el campo se vive con tan poco! Y demás, tú ya no haces gasto ninguno; eres un señor ahogado que gana lo bastante para vivir en la corte! Ya, ya sabemos que se vá usted haciendo muy notable, caballerito!...

Enr. Psi! disparate, queridita niña! El cariño te ciega! Gano para ir pasando, y nada mas. Es cierto que he tenido buena fortuna en mis primeros ensayos; pero eso lo debo solo á la bondad de los negocios....

Mer. Eso es, hazte el modesto conmigo!... Como si no supiéramos lo que se dice públicamente, que eres un jóven de mucho talento! Pero... hay una cosa que me inquieta mucho por tí, y que estoy deseando saber.

Enr. Y cuál es?

Mer. El por qué estas tan triste.

Enr. Yo? Qué disparate!

Mer. Si, no pretendas negarlo. En tus cartas domina siempre la tristeza... Y si no, mira, aqui tengo la última que hemos recibido, (*saca una del bolsillo*) que no me dejará mentir... Pero de quién es esta? Ah! es de Luisa Tenorio; una antigua amiga, una condesa! (*la guarda.*)

Enr. La señora de Tenorio! (*con prontitud y emocion*) Con qué mantienes correspondencia con ella?

Mer. Toma! Pues si en el colegio éramos dos hermanas! A pesar de dos ó tres años que tenia mas que yo, fuimos las mas amigas! Y aun cuando luego que salió del colegio, se casó, y enviudó, y no nos hemos vuelto á ver desde la vez que yo estuve en Madrid, con todo, nos queremos siempre mucho.

Enr. Ya lo creo! Es tan buena, tan amable! A la amistad que te profesa, debo sin duda la buena acogida que me ha dado este invierno en tu casa.

Mer. Bien, bien; pero no trates de cambiar la conversacion; no hablamos ahora de ella, si no de tí. Tú tienes algun secreto y... me parece que si no has cambiado mucho en estos últimos años, debes tener necesidad de comunicármelo.

Enr. En efecto, tienes razon; soy muy desgraciado.... muy desgraciado por mi oscuridad, porque amo á una persona, á quien por su posicion social y sus riquezas,

no me es permitido aspirar... Esa misma de quien hablábamos....

Mer. Cómo, Luisa! Te ha despreciado?

Enr. Oh! no he dado lugar á eso... Nunca la he dicho que la amaba.. No me he determinado.

Mer. Y por qué no? Por ventura no te recibe perfectamente? Cuando se tiene mérito, se debe ser atrevido... y si yo estuviese en tu lugar...

Enr. Ay! pobre hermana mia! Como se conoce que no has amado nunca!

Mer. Qué sabes tú? Nosotras, las muchachas, siempre tenemos en el fondo del corazon un sentimiento, un principio de ternura, para un ser cuyas brillantes cualidades no existen mas que en nuestra imaginacion. Sueños de la juventud, que rara vez se realizan, pero que, sin embargo, forman algunos dias de felicidad, de los pocos que nos es permitido disfrutar en esta triste vida. Yo espero que llegue ese desconocido que he soñado... Ya vés cuanto mas lejos no está de mi, que de ti lo que deseas. Porque tú, dentro de poco, te habrás creado un hermoso nombre y las riquezas suficientes para poderte presentar á tu Luisa. Entretanto, yo redoblaré los cuidados para con mi querido hermano.

Enr. Ah! Hermana mia, y cuán buena eres! (*Se abrazan.*)

ESCENA II.

Dichos y D. Pedro.

Ped. (*dentro*) Con que ha llegado ya? Es posible!...

Enr. Ahí está padre; cuidado con decirle nada.

Mer. No tengas cuidado, que yo sé guardar un secreto.

Ped. (*entrando por el fondo*) Querido Enrique! Mi querido hijo. Es posible que hayas llegado sin que yo te haya visto, cuando salí á esperar al camino? Ya, ya sé lo que habrá sido. Pasaba por nuestra viña y... ya se vé, está tan hermosa, que me entré á verla! Y es claro, mientras yo me entretenia con las ubas, habrá pasado la diligencia en que venias.

Mer. Y yo he sido la primera que he tenido el gusto de abrazarlo.

Ped. Pues en castigo, venga otro abrazo, señor abogado, porque ya eres abogado. (*mostrándolo á su hija.*) Aquí tienes á mi hijo Enrique de Sandoval, abogado. Si supieras qué placer tan grande esperimenté la primera vez que vi tu nombre impreso... por eso me suscribí corriendo á la Gaceta de los tribunales, en lugar del *Museo de las familias* que me instruia del método que se debia adoptar para tener doble cosecha de zanahorias, y á tu hermana para hacer la rica compota de membrillo, y otra multitud de conocimientos útiles; pero no lo siento casi; todo lo olvido, cuando veo impreso en gruesos caractéres: «La causa ha sido defendida por el aventajado jóven D. Enrique de Sandoval, abogado, que desde sus primeros ensayos ha revelado las mas brillantes disposiciones, con el talento mas... etc.» Vamos, esos dias, son dias de fiesta para la casa. Tu hermana despliega un aparato régio; convidamos á comer á todos los vecinos; yo hablo por treinta y hasta parezco un chiquillo. Ah! es una completa felicidad! Con todo, una hay que sentiré haber perdido toda mi vida: la de no haber asistido á tu estreno. Hem!! Como te palpitaria el corazon!

Enr. Si, padre mio; para mi hubiera sido la mayor satisfaccion.

Ped. Pero no importa; venga otro abrazo.

Enr. Mi buen padre!

Ped. Di un padre dichoso... porque lo soy, hijos mio. Solo tengo un pesar, y ese no es por ti; en cuanto á tí, estoy tranquilo. Ya has defendido cuatro pleitos con un éxito asombroso, y cada vez se irá aumentando. Tu porvenir está ya asegurado. Harás un buen matrimonio; te casarás perfectamente; eso es positivo. Pero tu pobre hermana... siempre me tiene temblando la idea de morir antes de que tenga un marido... Asi es que lo estoy buscando por todas partes... ya le he encontrado dos... pero tenian sobre cincuenta años, y...

Mer. Y en los que yo pienso son mucho mas jóvenes.

Ped. Ya se vé, es tan dificil encontrar un marido para una chica, cuando no tiene dote!

Mer. Tanto mejor; con eso no me separaré nunca de usted.

Ped. (*remedándola.*) No me separaré... Te parece qué manera de discurrir, hombre?

Enr. Tranquilícese usted, que ya se encontrará marido. Yo me encargo de proporcionarla la dote.

Mer. Nada de eso; primero es menester que pienses en ti. ¿Has olvidado ya de lo que hemos hablado?

Ped. De qué?... De qué se ha hablado?

Mer. De una cosa... En fin, él la sabe; es un secreto.

Ped. Ah! es un secreto.

Mer. Si, papá, de los dos.

Ped. Ah! pues si es de los dos, sea enhorabuena. Pero... se me olvidaba preguntarte, cómo es que has venido solo. No me escribistes que vendrias con el amigo íntimo que tienes, y de quien me has hablado tanto en tus cartas?... Es... D. Eduardo de Monterey.

Mer. De Monterey! Cómo, va á venir?

Edu. Si; pero no debia venir conmigo. Yo vengo de Madrid, y él de los baños de Sacedon, donde fué un poco enfermo; y ahora, á su vuelta, es cuando me prometió pasar algunos dias con nosotros.

Ped. Sea en buen hora; un amigo tuyo será recibido como un hijo de la casa.

Mer. Por supuesto... pero solo siento que á un gran señor... á un elegante como él, dificilmente podremos complacerle.

Ped. Qué, lo conoces tú tambien?

Mer. Si, papá; cuando estuve en Madrid, lo vi muchas veces en casa de la condesa Luisa, mi amiga de colegio, y por cierto que cuando supo que era yo la hermana de su amigo Enrique, tuvo por mí las mas delicadas atenciones.

Ped. Oye, y tú dices que es jóven... y de buena familia?...

Enr. Si, padre mio.

Ped. Y rico?

Enr. Toda la familia lo es. Tiene una porcion de tios parientes á quienes él y su hermano deben hered[ar] con el tiempo... pero hasta entonces no lo es much[o] porque sus negocios estan muy embrollados. Precis[a]mente estoy ahora tratando de arreglárselos.

Ped. Es decir que tiene confianza en tí?

Enr. Completa.

Ped. Si, he? Pues entonces... no podrias.. asi... con m[a]ña, ponderándole las cualidades de tu hermana...

Mer. Pero padre, por Dios! Qué dice usted?

Ped. Es porque no sepamos...? Asi se hacen los m[a]trimonios... y ademas, este es jóven... no tiene ci[n]cuenta años... yo creo que no lo desecharás, eh? V[a]mos, decididamente, hijo, he aquí el yerno que [me] acomoda.

Enr. Padre mio... no hablemos mas de eso.

Ped. Al contrario, de eso es de lo que debemos habl[ar]

Enr. Bien, lo que usted quiera; pero me parece que antes deberiamos pensar en recibirle lo mejor posible. (*pasándose al centro.*) Y á ti te toca ese cuidado. Anda á ver si está ya todo listo. Anda, anda.

Mer. Voy, hermano, voy. (*á su padre*) Por qué quiere que me vaya? (*D. Pedro se encoje de hombros para significar que nada sabe. Vase Mercedes por la puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

D. Pedro *y* Enrique.

Ped. Y vamos, qué significa esto?

Enr. Esto significa, que ni aun chanceándose se debe hablar delante de una jóven de semejante asunto, para no darla ciertas ideas... que no carecen de peligro. Y mucho mas, tratándose de una persona como mi amigo.

Ped. Pero por qué? Acaso es hombre malo?

Enr. Al contrario, el mejor del mundo.

Ped. Ya, no es amable, eh?

Enr. Precisamente porque lo es demasiado. Ademas, como tiene cuanto necesita para brillar en el mundo, lo adulan los hombres y lo aman las mujeres. No ha hecho en su vida otra cosa mas que agradarlas. Y sepa usted, que lo ha logrado tan completamente, que segun dicen, no le ha resistido ninguna.

Ped. Hombre, de veras?...

Enr. Tan de veras, que es lo que se llama un Lovelace: Esa ha sido su carrera; no ha tenido otra ninguna.

Ped. Cáspita! pues esa debe ser una carrera muy divertida.

Enr. Ya lo creo. Siempre en medio de las fiestas, de los placeres... y continuamente perseguido por cinco ó seis hermosuras á la vez!... Hé aquí como lo he visto yo mismo, cuando me separé de él hace un año.

Ped. Caspitina! Que picaron! Envidia me causan semejantes hombres!

Enr. A usted, padre?

Ped. Hombre... ahora ya no. Hablo de cuando era jóven. Si, muchacho, si, otras veces, en mis tiempos, ...ñaba como todos los jóvenes en conquistas y mas ...onquistas.

Enr. De veras?

Ped. Rabiaba por conquistar. Pero hombre, siempre ...í lo mas desgraciado del mundo. Jamás pude hacer ... media. Nunca logré agradar á ninguna mu...r... escepto á tu madre... y esa casi, casi, se po...ia decir que tampoco. Lo que por cierto no nos ha ...pedido el ser un buen matrimonio. Pero es igual, ... siempre he estado en mis trece; siempre he creido ...e la vida de esos D. Juanes, de esos Lovelaces, co... tú dices, debe de ser de lo mas agradable y lison...o del mundo.

Mer. (*entrando precipitadamente.*) Han oido ustedes? ...n oido ustedes? Un carruaje acaba de entrar en el ...io... y ya suben... él es, él es.

... Eduardo?

... Miren ustedes que alborotada se ha puesto!. Que ...movida... niña, niña! Quédese usted aqui, junto ...i, juntito, juntito.

ESCENA IV.

... *y* Eduardo *que entra despacio y con aire abatido.*

... (*Saliendo á recibirlo.*) Mi querido Eduardo!

... (*aparte.*) Cómo! Y es este? Pues yo esperaba alguna cosa de... grandioso... ó asi... Pero este es un hombre como otro cualquiera!

Enr. Te presento á mi padre, de quien ya te he hablado con frecuencia, y á Mercedes, mi hermana y mi mejor amiga.

Edu. A quien ya he tenido el placer de ver en Madrid, si no me engaño.

Mer. (Pues no lo ha olvidado.)

Enr. Esta es toda mi familia, que te da gracias conmigo por haber cumplido tu promesa.

Edu. Agradecerme el placer que recibo, es demasiada bondad.

Ped. Que demontre! Aqui no estará usted como en sus dorados salones... Campesinos como nosotros, no podemos ofrecerle á usted placeres tan vivos como...

Edu. El ser admitido en su casa de usted, es uno y muy grande. Y tendré á mucho honor el que me cuente en el número de sus amigos.

Ped. Oh! Todo el que lo es de mi hijo, lo es mio.

Mer. Qué le parece á usted, Papá?

Ped. Muy bien (Qué diablo! Y yo que esperaba...)

Enr. Y cómo te han sentado los baños?

Edu. No muy bien. Estoy todavia algo enclenque.

Mer. Como! Está usted todavia enfermo?

Edu. Lo habia olvidado desde que estoy aqui... aunque la fatiga del camino...

Enr. Te suplico que nada de cumplimientos... Te exijo que obres en todo como si estuvieras en tu casa.

Ped. Por supuesto, como si estuviera usted en su casa. Nada, nosotros nos vamos para dejar á ustedes en libertad. Ustedes tendrán que charlar... y es muy natural.

Edu. Sentiria causar la mas pequeña incomodidad á esta señorita.

Ped. Qué disparate! Precisamente es ya la hora en que se ocupe de disponer la comida, y luzca su solo mérito. Mi hija no tiene mas cualidades que la de ser una mujer de su casa.

Edu. (*mirándola.*) Me parece que esta señorita tiene otras muchas que hablan por sí solas.

Mer. Favor que usted me dispensa.

Ped. (*bajo á su hijo.*) ¡Ay Dios mio! Como la mira... Si la irá á enamorar...?

Enr. (*Id.*) Tranquilicese usted, es muy mi amigo.

Ped. Ya, bien. Pero observa como lo mira ella. La dió flechazo sin duda. Estos hombres deben fascinar. (*alto.*) Vamos, niña. Señor D. Eduardo, hasta despues.

Mer. Hasta luego. Ya vendré yo á avisar. (*vanse.*)

ESCENA V.

Eduardo, Enrique.

Edu. Chico, te doy la enhorabuena por lo linda que encuentro á tu hermana.

Enr. Pues no es fea. Y á propósito, espero que me des para ella una salvaguardia.

Edu. Hombre, por Dios! La hermana de mi mejor amigo! Y ademas, chico, ya estoy muy cambiado. Apenas me cuido de las mujeres.

Enr. Y eres tù á quien oigo hablar de ese modo? Tú, que desde los diez y ocho años no te has ocupado mas que de galantearlas?...

Edu. Ojalá no hubiera pensado nunca en ellas, y en lugar de perder mi tiempo y mi fortuna en alcanzar sus favores, me hubiera ocupado como tú en prepararme un estado honroso... independiente...

Enr. (*sonriendo.*) Pues qué, no es bueno el tuyo?

Edu. Detestable, querido.

Enr. Bah! cada uno de su carrera dice otro tanto. Pero

tú, qué puedes decir de la tuya, cuando no ha sido mas que una série no interrumpida de placeres y de dichas?

Edu. Te equivocas: nunca!

Enr. Con que á mi me vienes con esas, cuando te podía citar una porcion de mugeres para quienes has sido el ídolo?

Edu. Pero qué es lo que tú entiendes por ser dichoso?

Enr. Entiendo... entiendo... toma, el que te hayan amado.

Edu. Lo que yo sé es, que la dicha es una cosa indefinible; porque en mi vida he tenido una sola felicidad de ese género, que no me haya hecho el mas desgraciado de los hombres. Cada triunfo me ha valido constantemente una catástrofe.

Enr. Es posible!

Edu. Y tanto. A mi entrada en el mundo, ya sabes que me nombraron ayudante de Campo del general... no creo que debo decirte su nombre.

Enr. Si, haces bien en callarlo. Es cosa que conoce todo el mundo.

Edu. Pues bien, era casado. Y en fin... no fue culpa mia, el marido sospechó... y... dió tanto que hablar... que fué preciso que pidiera mi retiro: y ya tienes aquí, gracias á mi dicha, mi carrera perdida.

Enr. Pero hombre...

Edu. Y cincuenta lances por este estilo que te podría contar además. Porque una vez lanzado en la carrera de aventuras, una intriga arrastra á otra. Pasar su vida en la disipacion, en las disputas, en los celos continuos; comprometer y perder sus mejores amigos; no adquirir en la sociedad ni consideracion, ni estimacion; no encontrar jamás el reposo ni la felicidad; gastar sus años prematuramente; adquirir tan solo arrepentimiento por el pasado, tedio y fastidio para el presente, y pesares y dudas para el porvenir... hé aquí lo que se consigue con la vida que he tenido. No te parece que es bien seductora?

Enr. Sin duda que no; pero por qué no la abandonas y abrazas otra distinta?

Edu. Y cuál? A mi edad... á los treinta años! Oh! es demasiado tarde. Y sobre todo, cuando uno no se ha ocupado nunca mas que de fruslerias, ya no es bueno para nada.

Enr. Si, pero en tu mano está el hacer un buen casamiento, siempre que quieras.

Edu. Con efecto, pero eso seria crearme nuevos embarazos... y para romper con todas... habria quejas, reconvenciones, escenas de desesperacion... Si supieras que difícil es dejar una muger! Y Dios sabe que hago cuanto puedo por lograrlo! Se supone, con las consideraciones debidas. Y hé aquí precisamente lo que me hace muy desgraciado!

Enr. Es posible!

Edu. Si, amigo mio... nunca he engañado fria y cobardemente á nadie. Me seria imposible fingir un amor que no esperimentase. Y aun ahora mismo, á todas las que quiero, las amo realmente.

Enr. Y cuántas son? Sepamos.

Edu. En este momento... solamente dos. Una sobre todo... es un ángel! Conozco que no soy digno de ella. Virtud, hermosura, gracia, juventud, talento, todo lo que se necesita para volver loco á un hombre. Ademas, me ofrece su mano y una fortuna, que por el momento soy demasiado pobre y orgulloso para aceptar. No me importa deber á las mugeres mis desgracias; pero no quiero deberles mi fortuna. Y luego.... conozco que la otra de que he hablado, seria tambien un obstáculo...

Enr. Cómo? Qué otra?

Edu. Toma! La otra á quien amo tambien, aunque no tanto. Una cabeza ligera, un corazon jóven y ardiente, que por lo arrebatada y celosa hubiera merecido ser napolitana. Y es seguro, á la primer noticia que tubiera de este matrimonio... la conozco perfectamente, nada la detendria... Daria un escándalo que me perderia. Porque ya no es para mi como en otro tiempo, pues como te he dicho, estoy muy cambiado. Ya ves cuan distinto es de lo que tú pensabas.

Enr. Convengo en que es muy diferente de lo que yo creia.

Edu. Asi es, que estoy deseando que se concluya para siempre. Vale mucho mas ser abogado como tú y no pensar en amoríos.

Enr. Pues aqui donde me vés, tambien estoy enamorado. Es verdad que son amores puramente platónicos...

Edu. Cómo! Tú enamorado?

Enr. Sí, pero calla, que viene aqui mi padre, y no quiero...

ESCENA VI.

Dichos y D. Pedro.

Ped. Y bien, querido huesped... ha descansado usted algo? Está usted mejor? Supongo que ya habrán ustedes charlado á mas y mejor?

Enr. Oh! ciertamente! Es tan agradable volver á ver á un amigo con quien se puede contar?...

Ped. Con efecto; mi hijo debe estar muy satisfecho con ser su amigo de usted. Pues si yo, que hablo, lo estoy solo con conocer á usted! Si, caballero, lo miro á usted con admiracion... con la misma que miraria á un hombre célebre... á un conquistador... vamos, como si dijéramos, á un Alejandro... á un Napoleon... digo en su género...

Enr. Ves tú? Mi padre es como la multitud, que se deja deslumbrar por el brillo de las conquistas, sin ver sus inconvenientes.

Ped. No digo que no los haya... es claro... pero el resto... Vamos, hombre, debe ser muy agradable. Las citas, las damas tapadas, las cartitas misteriosas... A propósito, ya que hablo de cartas, eso me recuerda una que acaba de traer ahora mismo el cartero.

Edu. Para mi?

Ped. No señor, no es para usted. Viene dirigida al señor de Sandoval. Y como no pone el nombre y ahora somos dos en casa... no sé si será para mi hijo ó será para mi. Toma, mírala tú. Conoces la letra? Porque lo que es yo...

Enr. Pues ni yo tampoco.

Edu. Si, ya sé lo que es. (*á Enrique.*) Como esperaba pasar aqui algunos dias, me he tomado la libertad de decir que me escribieran á tu nombre. (*á D. Pedro.*) Pues como decia á usted, la carta es para mi.

Ped. A fé mia que tiene razon. (*quitando el sobre que tira al suelo; leyendo.*) «Para entregar á D. Eduardo de Monterey.» Es admirable! (*entregándosela.*) Y es carta de muger... no hay que preguntarlo... papel perfumado... Pero qué? No la lee usted?

Edu. Ya tendré tiempo. Y ademas, sé lo que dirá. Siempre la misma cancion.

Ped. Ya! Usted que está acostumbrado, no dudo que sabrá... pero yo! Vamos, sobre que sino fuera por discrecion...

Enr. Padre!

Edu. Qué? De ningun modo. (*lee.*) No venga usted aqui, porque no me encontraria. En Madrid es don

le espera á usted el amor mas firme, mas tierno y mas constante.

PED. Qué felicidad! Semejante carta... hay para volverse loco... y en su lugar de usted... en mis tiempos...

EDU. Qué hubiera usted hecho?

PED. Que qué hubiera hecho, me pregunta usted?... Toma! ya estaria en camino.

EDU. (*sentándose.*) Usted es muy amable! Pues yo me quedo.

PED. Cómo!... Se queda usted? Y... no va usted?...

EDU. De ningun modo. Estos ocho dias que destino á la amistad, le parece á usted que los emplee en andar tantas leguas por una cita? Dios me libre!

ENR. Muy bien hecho; perfectamente... Tómate vacaciones como yo.

PED. Qué lástima!

EDU. Precisamente. (*se levanta.*) Esta que me escribe, es la que te he dicho que tiene la cabeza tan lijera, que á cada momento estoy temiendo que me comprometa.

PED. Ya, será una celosilla calavera?

EDU. Poco menos. Y luego, con el marido mas celoso del mundo... Un hombre, que sospecha de su sombra.

PED. De los que no será fácil engañar, eh?

EDU. Oh! eso no es inconveniente. Y precisamente el lugar en donde está ahora, me recuerda una aventura graciosísima.

PED. Hombre! Sí? Cuéntenosla usted! Me muero por las aventuras.

EDU. Es... que... ya vé usted...

ENR. Pero padre...

PED. He! Entre nosotros, qué le hace? Seria una indiscrecion delante de cualquiera otra persona. Pero delante de mi... qué importa?

EDU. Pues señor, adelante. Hará un mes y medio, cuando iba para los baños, me detuve un dia en la quinta donde para, que por cierto tiene un parque magnífico. Acababan de ponerlo á la inglesa, y el dueño me lo iba enseñando en detall... porque fuera celos de marido, ó propietario, ello es que no nos dejaba á sol ni sombra. Yo tenia que marchar despues de comer... y no podia dirigirle á ella ni una sola palabra de sentimiento... una chica linda,.. encantadora... estaba desesperado...

PED. Ya lo creo.

EDU. En fin, cansado de tanto pasear, esclamé con impaciencia; me parece que nos debemos ir hácia la casa, porque desde el bosque en que estamos no oiremos la campana que ha de llamarnos á la mesa.—Se engaña usted, me dijo el dueño de la casa, el viento viene de ese lado y se oiria perfectamente.—Me parece que se equivoca usted.—Lo dudo.—Creo que sí.—Creo que no.—Apuesto cualquier cosa.—Lo que usted quiera.—Se enreda la disputa, apostamos tres onzas, y para saber fijamente cual ganaria, convinimos en que su señora y yo nos quedariamos alli mientras él iba á la casa á tocar la campana. Dicho y hecho, fué y tocó... maravillosamente. De modo que cuando volvió con aire victorioso preguntándonos—qué tal, la han oido ustedes? No pudimos menos que convenir en que habia ganado. Lo que lo tuvo de un humor bellísimo todo el dia.

PED. Ja, ja, ja! que ingenio tan peregrino! Con que mientras él tocaba la campana... ja, ja, ja.

EDU. Si, pude dirigirla cuatro galanteos.

PED. Eh? qué quieres tú?

ESCENA VII.

Dichos y MERCEDES.

MER. No ha oido usted el ruido de un carruaje?

PED. No; por qué?

MER. Otra visita que nos llega. Su antiguo amigo de usted, el general Paredes.

EDU. El general...?

ENR. Lo conoces?

EDU. (*con frialdad.*) Si... Lo he tratado un poco.

PED. Pues que sea bien venido. Que gusto, tantos huéspedes á la vez! Con permiso de usted voy...

EDU. Si, si, vaya usted. A mi tratéme como si fuera de casa.

ESCENA VIII.

Los mismos, EL GENERAL *y* TERESA; D. PEDRO *que no habrá llegado mas que hasta la puerta.*

PED. Mi querido amigo! Usted por aqui?

GEN. Si, Sr. D. Pedro, aqui me tiene usted, que sin cumplimientos ni ceremonias, me presento en su casa en familia; porque tengo el gusto de presentar á usted á mi muger. Usted no sabia que me habia casado, no es verdad? (*Enrique se aproxima á ellos con su hermana y se saludan.*)

PED. Ciertamente; no sabia nada.

GEN. Pues ya vá para dos años. Que quiere usted! Es cosa que al fin y al cabo todos hacemos. Es verdad que yo entro un poco tarde en la comunidad... pero què habia de hacer? Lo habia estado pensando treinta años, y como ya tengo sesenta y dos... Me parece que era tiempo.

PED. Y como se suele decir... no ha perdido usted en esperar...

GEN. No ciertamente. (*mostrando á su muger.*) Demasiado jóven tal vez, demasiado viva... un poco atolondradilla... algo caprichosa...

TER. Caballero, gracias por el retrato.

GEN. Por lo demas, bellísima...! Y una capacidad... es la que lo dirije todo en casa, empezando por mi; y eso que ya sabe usted que no soy muy dócil...

TER. Que modestia!.. Bien podia usted decir colérico, celoso...

GEN. Y hasta brutal... si, dilo, muger, dilo... Es cosa que sabe todo el mundo... no lo puedo remediar... A la menor sospecha, todo lo tiro... todo lo hago pedazos... y hasta hay momentos... en que la mataria. Pero se me pasa pronto, y vuelvo á ser un cordero... un marido el mas galante...

TER. Si, á su modo.

GEN. (*volviéndose y viendo á Eduardo.*) Qué veo? El señor de Monterey en estos lugares? Cuánto me alegro! (*se saludan; á don Pedro.*) He aquí el hombre mas amable que existe, excepto para mi muger, que dice que es insufrible, lo que es una injusticia!...

EDU. He tenido la desgracia de no ser alguna vez de su opinion, lo que me ha valido su resentimiento.

TER. Y con muchísima razon.

GEN. Ya le perdonará á usted.

EDU. Asi lo espero...

TER. Asi lo espero; en su boca de usted, quiere decir estoy seguro... Pues se engaña usted conmigo. No he visto hombre que esté mas pagado de su opinion... Cosa que no puedo sufrir... (*gesto del general.*) Oh! no tenga usted cuidado... no le digo nada de nuevo... lo sabe bien. En general las señoras le temen y le adulan... yo, le digo siempre la verdad... Asi es que

somos enemigos declarados. Lo que no impide que tenga mucho gusto en tratarlo. A propósito, sepa usted que nos volvemos á Madrid. Cuándo irá usted á comer con nosotros?

GEN. Si, si, para hacer las paces.

TER. Con eso me acompañará usted al palco. Mi marido detesta el teatro. Por supuesto, guerra á muerte siempre.

EDU. Será lo que usted quiera.

PED. (*bajo á su hijo.*) He aquí una que no lo quiere, segun parece.

GEN. Con el placer de ver á ustedes, se me olvidaba decir, que he venido tambien á negocios. Iba á Madrid á consultar un asunto con el señor don Enrique, cuando supe casualmente se encontraba en estos lugares, lo que hizo que me dirigiese aqui inmediatamente.

ENR. General, estoy á la órden de usted. Pero como usted no tendrá priesa, lo podemos dejar para luego. Ahora... delante de estas señoras...

GEN. Oh! por supuesto...

TER. Por eso no lo dejen ustedes. Precisamente estoy muy cansada, y con su permiso, quisiera retirarme un rato.

PED. Al momento! Mi hija va á conducir á usted inmediatamente á su cuarto. El gabinete verde: el primero de la izquierda en el corredor. Unas vistas soberbias! Como que se descubren mis viñas! Aunque siento una cosa, General, y es que son tan pequeñas las habitaciones, que será preciso que cada uno tenga la suya.

TER. Eso no importa. Tanto mejor. Señorita, voy á incomodar á usted, pero será corto rato.

MER. Oh! de ningun modo. Para mi es un placer.

TER. Gracias. Pues entonces, señores, pueden ustedes hablar de sus asuntos; hasta despues.

ESCENA IX.

DON PEDRO, *el* GENERAL, ENRIQUE, EDUARDO *sentado*.

GEN. Me alegro que se hayan ido, porque no quiero que mi muger sospeche del negocio que me vuelve á llevarla á la corte, á pesar mio. Figúrense ustedes que es un pretesto que la he dado para salir de Córdoba, donde por fortuna ya quedó terminado.

ENR. Pues de qué se trata?

GEN. Se trata de una disputa entra el conde Arel y yo.

EDU. Mi pariente?

GEN. Es pariente de usted?

EDU. Si, lejano; con quien estoy reñido hace mucho tiempo, y hago mal, porque soy su heredero.

GEN. Si? Pues he hecho á usted un favor.

EDU. Un favor! Cuál?...

GEN. Noches pasadas estaba en su reunion reclinado en un confidente, y medio dormido como acostumbro, cuando me pareció oir mi nombre entre risas y en voz baja. Puse atencion, y con efecto, el señor conde se estaba divirtiendo á espensas mias, y á propósito de mi muger. Cualquier otro se hubiera hecho el desentendido, ó hubiera pedido una esplicacion; pero figúrense ustedes, con mi genio, no me dió tiempo ni para hablar siquiera, y empecé la esplicacion militarmente, aplicándole una bofetada.

PED. Jesus! Ave Maria Purísima!

GEN. Ya conocerán ustedes que despues de esto no cabian palabras... por consecuencia, á la mañana siguiente nos batimos á pistola, yendo el uno hácia el otro, y á disparar á discrecion. El me disparó como á unos ocho pasos, y me erró. Yo me acerqué hasta poner la pistola en su pecho y...

ENR. Lo perdonó usted generosamente?

GEN. Lo maté... sin piedad... y sin remordimientos... lo mismo que haria con cualquiera que directa ó indirectamente manchára la reputacion de mi muger. Solo siento el haberme batido... y si alguna vez llego á ser engañado...

ENR. Seria usted capaz?...

GEN. Si... voto á brios! Es una infamia, y á usted apelo;... á usted, que como abogado entiende de justicia. No se castiga el robo y el asesinato? Si un ladron se introduce en mi casa, y me roba una suma, que tal vez no me importa nada, hay leyes que lo castiguen... y si me roba lo que me es mas caro en el mundo... mi honor, mi reposo, mi reputacion, no las hay; y es preciso que vaya á esponer mi vida para obtener la reparacion!... No temo á la muerte, harto probado lo tengo; pero pensar que lejos de vengarse, puede uno morir, y quedar el criminal sin castigo... riéndose tal vez... Oh! no, no; soy demasiado celoso para eso. Y si alguna vez desgraciadamente me encuentro frente á frente de alguno... le pegaré un balazo sin remordimientos. Y en mi conciencia creeré haber obrado bien.

EDU. (*sonriendo.*) Lo dice usted; pero no se atreveria.

GEN. Y quién seria capaz de impedírmelo?...

EDU. Usted mismo.

GEN. Se equivoca usted.

EDU. No lo creo. Es usted demasiado valiente para eso, y apuesto bien.

GEN. Pues yo apuesto á que no. (*como recordando, se sonrie y cambia de tono.*) Cuidado con apostar conmigo... pues recuerdo... y ya sabe usted que no es muy afortunado.

PED. Pues qué?

GEN. Ya le he ganado una, hará dos meses, cuando iba para los baños... Se detubo un dia en mi casa de campo, y la visita le costó tres onzas.

PED. (Cielos! Qué dice este hombre?)

GEN. Que por cierto fueron ganadas con evidencia. Pero estubo usted tan porfiado... Figúrese usted que se empeñó en sostener, que desde el fin del parque no se oia la campana del comedor...

EDU. No... nada de eso. No fui yo... (*vivamente.*)

GEN. Usted y mi muger se obstinaron de un modo...

EDU. (*impaciente y ap.*) Y no hay medio de hacerlo callar!

GEN. Que era imposible convencerlos. Por lo que me vi obligado á ir yo mismo á tocar...

PED. (*muy agitado y hablando consigo mismo.*) No, no... es imposible... y yo dudo aun...

GEN. Pues no hay que dudarlo. Sucedió lo mismo que lo estoy diciendo.

PED. (*ap.*) Ay Dios mio!.. Dios mio! (*revela en el semblante tener mucho miedo.*)

EDU. (*bajo á Enrique.*) Por Dios, acude á tu padre, que nos vá á vender...!

GEN. No es verdad que es chistoso? Muy chistoso?

ESCENA X.

Dichos y MERCEDES.

MER. Papá, ya está Teresita pronta, y la sopa en la mesa. Con que cuando ustedes quieran... Pero Dios mio! Qué tiene usted! Ay que cara!...

EDU. Con efecto! (*ap.*) Qué cara mas rara! Es imposible no reirse. (*Enrique y el General se sonrien, los otros rien con ganas.*)

PED. (*mirando á Eduardo y ap.*) Y tiene valor para reirse... cuando yo no tengo ni gota de sangre en la

venas!.. (*alto.*) Pues no tengo nada... si yo tambien me rio!...

Edu. (*bajo á Enrique.*) Trata de variar la conversacion.

Gen. (*viendo el sobre en el suelo.*) Qué tal, un hombre tan cuidadoso como usted, y deja sus cartas por el suelo... Con efecto, algo le pasa á usted, porque sino...

Ped. Carta!... Cuál?...

Gen. No; no; me equivoqué. No es mas que un sobre. (*lee.*) «Al señor de Sandoval.» Pero que es esto?

Enr. (*bajo á su padre.*) La letra de su esposa; la va á reconocer.

Ped. (*id.*) Y qué le digo?

Edu. (*id.*) Silencio!

Gen. (*mirando siempre el sobre y pensativo.*) (Es su letra! No hay duda! Pero, cómo escribe mi muger á Enrique, cuando no lo conoce? A no ser que antes... Yo lo sabré.) (*alto á don Pedro.*) Me figuro que en este sobre-escrito, vendria una carta para su señor hijo de usted?... No es asi?...

Ped. (*ap.*) Dios mio! Lo va á desafiar! (*alto.*) Si... señor (*movimiento del general.*) Es decir, no... no señor! no... contenia nada...

Gen. Cómo nada!...

Ped. Quiero... decir... General... nada para mi hijo, porque era para mi...

Gen. (*mirándole fijamente.*) Para usted!...

Ped. (*ap.*) De esta hecha perezco! Me vá á tomar por un seductor!..

Gen. Puedo saber... señor mio, quién le ha enviado á usted esta carta? Cómo es que le ha escrito á usted?.. Por qué motivo?... A qué santo?...

Ped. (*ap.*) No hay remedio!... Llegó mi última hora! Siento un sudor frio... Y á mi que me gustaba ser conquistador...

Gen. Con qué... no se atreve usted á contestarme? Qué misterio hay aqui?

Edu. (*sonriéndose y pasando al lado del general.*) Ninguno, general, ninguno. Y nada tiene de estraño que mi padre no sepa lo que es; porque soy yo quien ha recibido la carta y quien la ha leido.

Gen. Y de quién era?

Edu. Demasiado lo sabe usted; de su esposa.

Gen. Y para qué ha escrito á usted?

Edu. Para prevenirnos de la llegada de usted. Porque conociendo, decia, lo escéntrico del carácter de usted, no queria causarnos gran incomodidad con lo inesperado de su venida.

Enr. (*bajo á don Pedro.*) Muy bien.

Ped. (*id.*) Jesus! que talento tienen estos abogados para encontrar salidas!...

Gen. Y qué, verdaderamente era para eso?...

Edu. La duda de usted me ofende.

Gen. Nada, no; estoy satisfecho. Pues bien, amigos mios, vean ustedes hasta qué punto soy desgraciado con este maldito carácter; la sola vista de ese sobre-escrito, habia ya hecho nacer en mi cabeza mil ideas disparatadas.

Enr. (*bajo á Eduardo.*) Corre á prevenir á su muger.

Edu. Voy. Imposible!... hela aqui!... (*con espanto.*)

ESCENA XI.

Dichos y Teresa.

Ter. Supongo que no estarán ustedes esperando por mi causa? Acaso no se ha concluido la conferencia?

Gen. Ya se concluyó. (*dándole el sobre-escrito.* Tome usted, conoce usted eso?

Ter. (*ap.*) Cielos!

Gen. Y por qué, le pregunto á usted, señora, por qué no me ha prevenido usted á mí?

Ter. Yo? Pero qué está usted diciendo?

Edu. Nada; que la sola vista de ese sobre, que encontró en el suelo, habia despertado en la imaginacion del general...

Enr. No queria creer que hubiese usted escrito para anunciarnos su llegada...

Ter. (*tratando de reponerse.*) Y por qué no? Creo que era mucho mas conveniente que no sorprenderlos y...

Gen. Si, si, no digo que no. Pero... repito, por qué no se me ha dicho?...

Mer. Eso es precisamente lo que estaba yo pensando. Estos hermanos son tan singulares... tenia esa carta, y no fué para decirme una palabra. (*pasando entre Enrique y el general.*)

Gen. (*mirando muy marcadamente á Enrique y á su muger.*) Es particular!

Mer. Asi es, que me he visto obligada...

Enr. (*bajo.*) Cállate. (*alto.*) Si, se me habia pasado.

Gen. (*siguiendo en la mirada.*) Ah! con qué tampoco le habian dicho á usted nada!...

Edu. Los abogados tienen tantas cosas en la cabeza, que son como los poetas, distraidísimos. Con que general, vamos á la mesa?

Gen. (*siempre mirando.*) Con mucho gusto, vamos, (*bajo á Eduardo.*) Amigo mio, tengo sospechas de este jóven.

Edu. (*id.*) Qué locura! De ningun modo!...

Ped. Pues señor, vamos, que se estará enfriando la sopa.

Enr. General, usted que es aficionado, vá usted á beber el esquisito champaña, hecho por mi padre.

Gen. (*esforzándose por sonreir.*) Hombre! Con que champaña, hecho aquí?...

Enr. Si señor, y esquisito: ya lo verá usted.

Edu. Pues en obsequio al champaña español, yo que no bebo nunca, voy á hacerle la razon al general.

Gen. Usted va á beber conmigo!... quiá?

Edu. Aunque me emborrache.

Gen. De seguro.

Ter. (*bajo á Eduardo.*) Es preciso que hablemos, aunque no sea mas que un minuto.

Edu. (*id.*) Imposible!

Ter. Es indispensable.

Edu. Bien, iré. (*bajo.*) El gabinete verde, la primer puerta de la izquierda... ya recuerdo.

Ped. (*á su hija.*) Está ya listo el cuarto de la señora?

Mer. Ha sido imposible el prepararlo. Le daré el mio, que es mucho mejor.

Ped. Pero y tú?

Mer. Yo me colocaré en el gabinete verde, de qualquier modo.

Ped. Bueno, bueno.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un elegante salon de la casa de campo de la condesa Luisa, en las cercanías de Madrid. Una chimenea y dos ventanas en el fondo. Puertas laterales. La izquierda dá paso á las habitaciones de la condesa. La derecha es la puerta de entrada. En el primer bastidor de la izquierda un velador con algunos papeles.

ESCENA PRIMERA.

La Condesa *y* Eduardo; *Eduardo estará sentado á la derecha, con la cabeza apoyada en una mano. La condesa entra por la puerta izquierda hablando á un criado.*

Con. Que esté todo dispuesto como he dicho, y que se

me avise de las personas que lleguen. (*vase el criado.*) Oh! ya está aquí Eduardo... me alegro.

Edu. No hay tranquilidad posible para mi! Esto es horroroso! Desde ese funesto viage... no puedo arrojar de mi esa idea... que me persigue... que me atormenta sin cesar...

Con. (*aproximándose con lentitud.*) No me ha sentido... tan preocupado está. Pero deberé quejarme por ello, cuando seguramente soy yo la causa?

Edu. Noche fatal! Embriaguez maldita. (*viendo á la Condesa que está ya junto á si.*) Ah! Luisa! Perdon, perdóneme usted!..

Con. Por qué? Por no haberme visto acaso?

Edu. Oh! si! Tengo necesidad de ver á usted... y la llamaba... No se separe usted de mi! Cuando está usted á mi lado... soy tan dichoso! No pienso entonces... en nada mas que en usted..: porque á pesar de su severidad... de su crueldad... es usted mi angel tutelar!

Con. Mucho me alegraria de que fuese asi; porque á decir verdad, amigo mio, ha traido usted de los baños un humor... un *spleen* que me tiene con cuidado.

Edu. Oh! no lo crea usted!.. Es que...

Con. No? Pues tanto peor; porque entónces me hace usted sufrir sus caprichos; y precisamente, para reñirle, es para lo que le he hecho venir hoy: y además, para que hablemos con toda formalidad. Sentémonos, amigo mio. (*se sientan.*) Hace algunos meses que por motivos harto delicados, para que pudiera ofenderme, rehusó usted admitir mi mano. Los motivos que hasta aqui lo han detenido á usted, han desaparecido, pues con la muerte de su primo, ha heredado usted una fortuna igual á la mia. Esa noticia, si mal no recuerdo, la recibió usted en casa de su amigo Enrique de Sandoval, y al dia siguiente, haciendo lo que debia, tomó usted la posta, y vino corriendo á verme. Pero en qué estado, Dios mio! Jamás podré olvidarlo. Un aire sombrío... una fisonomía trastornada, y una distraccion... continua. Y sin embargo, esos síntomas de profundo dolor, no podia atribuirlos á la pérdida de su pariente de usted; porque además de haberlo tratado casi nada, estaba usted mal con él. Mi primer pensamiento, lo confieso... Se teme tanto cuando se ama!... Fué creer que su corazon de usted se habia mudado... que ya no me amaba usted.

Edu. Yo!

Con. Si, pero pronto, con alegria, me persuadí de lo contrario. Porque nunca habia visto á usted mas tierno... mas solícito para conmigo. Aunque en medio de eso, observaba en usted unas contradicciones!... Con frecuencia veia en sus ojos... una espresion tal de pena... de amor... y de arrepentimiento... que me conmovia de un modo... que muchas veces estuve ya tentada para decir á usted... lo perdono...

Edu. Perdonarme! Pero el qué?

Con. No lo sé... pero lo perdonaba á usted siempre. Y ahora que ya lo sé todo...

Edu. Cielos!.. Usted sabe... Oh! no, no... imposible.

Con. La otra mañana, estando en el jardin, oi casualmente la conversacion que tuvo usted con su hermano. Y vamos; te casas? Preguntó. A lo que contestó usted.—Puede que jamás! Me parece que me queda tan poco tiempo de vida! Estoy tan enfermo... que, aunque adoro á la condesa, seria muy poco generoso si uniese mi suerte á la suya.—Es esta realmente la causa de la tristeza de usted?

Edu. (Oh! guardémonos de desengañarla!) Pues bien, si señora, si, lo confieso con vergüenza; presentimientos...

Con. Ridículos. Perdone usted la calificacion; pero no debe dársele otra. Mas en fin, aun cuando fuesen ciertos, á quién deberia usted dirigirse para que lo consolase, mejor que á mi?... A la que vá á ser su esposa? A la que quiere serlo ahora mas que nunca?

Edu. Ah! Luisa! Cómo podré pagar tanto amor y tanta generosidad?

Con. No tanta como usted cree... porque esta vez no le he perdonado, si no que me he vengado de su falta de confianza. Todo lo he dispuesto sin prevenir á usted, y he ahi precisamente para lo que escribí á usted que le esperaba para un asunto importante, que no podia sufrir retardo.

Edu. Pero... y cuál es?

Con. No lo adivina usted? Nuestro casamiento, caballero!

Edu. Será posible? Tanta felicidad!

Con. Y qué? Verdaderamente no asusta á usted la noticia?

Edu. Ah! todo lo olvido ya! No mas remordimientos no mas penas! Pero, y cómo sin que yo lo sospechase, ha podido usted prepararlo todo?

Con. No diciendo nada á nadie, empezando por usted Ni aun á los testigos, de los cuales, uno está aqu desde ayer tarde, y los demas llegarán esta mañana Por supuesto, ni aun sospechando de lo que s trata.

Edu. Y quiénes son esos testigos?

Con. Amigos, cuya presencia me parece que le será usted agradable. Los he hecho venir espresamente

Edu. Pero... quiénes son?

Con. El primero y parte de usted, á su mejor amigo; u joven á quien estimo mucho... á Enrique de Sa doval

Edu. (*vivamente.*) Enrique? Ah! este nombre me r cuerda...

Con. El qué?

Edu. Oh! nada... perdone usted, quise decir... que u sorpresa tan inesperada .. que vá á llegar... y que a no estoy preparado.

ESCENA II.

Dichos y un Criado.

Cria. Señora, dos caballeros preguntan por usía.

Con. Quiénes son?

Cria. Los señores de Sandoval.

Edu. (Oh! en este momento, sobre todo, me seria posible soportar su presencia.)

Con. Los señores de Sandoval! Que pasen inmedi mente. (*á Eduardo.*) Pero... qué tiene usted?

Edu. (*con embarazo.*) Queria escribir dos letras, necesito enviar á Madrid al momento.

Con. Pues bien! No está usted en su casa? (*enseñá le sus habitaciones.*) Asi podrá usted hacerlo. (*Ed do saluda y vase.*)

ESCENA III.

La Condesa, don Pedro *y* Enrique.

Enr. Entre usted, padre.

Ped. Pero eres tú quien me presenta?

Con. Usted no lo necesita, caballero. Hace mucho po que aunque no tenia el gusto de tratarle, me sideraba como muy su amiga.

Ped. Señora! Usted... (He aqui una muger en dora.)

Con. Señor don Enrique, doy á usted gracias

exactitud, y por haberme proporcionado la satisfaccion de conocer á su señor padre.

Enr. Condesa...

Ped. No, no ha sido él; he sido yo, que he querido acompañarlo; primero por ver á Madrid, y despues para tener el gusto de verlo abogar en los tribunales.

Con. Es muy natural ese deseo. Ya tiene una gran reputacion; y muy pronto, segun se dice, obtendrá el puesto que merecen sus talentos.

Ped. (*á su hijo.*) La oyes? (*á la Condesa.*) Si, señora, si; pues con todo eso no es feliz.

Con. Es posible!

Ped. Y tanto...

Enr. Padre mio... no se trata ahora de mi, si no de la señora. Ya sabe usted que me ha mandado llamar.

Ped. Si, ya lo sé. Y por cierto, señora, que lo mismo fué recibir la carta en que le decia usted que tenia necesidad de él, que le faltó tiempo para echar á correr.

Con. Sé la amistad que le merezco, y no deseo otra cosa, sino poderle manifestar la que tengo para él.

Enr. Tanta bondad!

Ped. Y no te atreves á hablar, muchacho? Anda, hombre, anda.

Enr. Padre mio, en nombre del cielo os suplico...

Con. Pero que hay?

Ped. Nada... una cosa muy sencilla y de la que depende su felicidad. Pero ya vé usted... No se atreve...

Enr. Señora! Padre, por Dios!...

Ped. Una cosa que he sabido por su hermana... y que nunca se ha atrevido á decir á usted... Y si es preciso confesarlo, diré mas aun: le diré á usted que por eso he venido con él. Si, señora; porque me he dicho yo para mis adentros, ello es necesario que sepa de lo que se trata, y puesto que tengo un hijo, que aunque abogado, no se atreve á hablar... yo hablaré por él...

Enr. Pero padre!..

Ped. Si señor, y si hablo mal, esta señora me escusará, porque yo no me he recibido de abogado; aunque creo que no es preciso eso para esplicar claramente sus negocios... Su posicion... en una palabra, para ir derecho al asunto.

Con. Vamos, acabe usted...

Ped. Tiene usted razon: allá vá. Ya sabrá usted que no tengo riquezas, pero que tengo dos hijos que constituyen toda mi felicidad. Es decir, que la constituian... porque de algun tiempo á esta parte, su antigua amiga de usted, mi querida hija, está triste, melancólica...

Con. Mi querida Mercedes!.. Está enferma?

Ped. No se sabe lo que tiene; pero yo me figuro que ha de ser la pena que le causa ver á su hermano en el estado en que le vé; tan triste... tan desgraciado.

Con. Pues qué tiene?

Ped. Tiene, señora mia... que está enamorado. (Anda, que ya la solté.)

Enr. Pero señor...

Ped. Si señora, si, mi cliente está enamorado. Pues bien, sobre esto precisamente era sobre lo que queria consultar á usted.

Con. Conozco yo á esa persona? Dígame usted su nombre, Enrique... Y si la conozco, si tengo alguna influencia sobre ella... esté usted seguro que le pintaré tan fielmente sus talentos de usted, su bello corazon, su mérito en fin, que la obligaré, de seguro, á que diga que si.

Ped. Si? Pues digalo usted ya. Porque esa persona es usted.

Con. Yo?.. Gran Dios!

Ped. Si señora, usted misma.

Con. Ah! Caballero! Ay! amigo mio! Qué es lo que he hecho? Cómo me podrá usted perdonar el golge que voy á darle? Esa carta que he escrito á usted era... pero crea usted, amigo mio, que ignoraba absolutamente... que no habia sospechado jamás....

Enr. Oh! acabe usted por piedad! Ese servicio que esperaba usted de mi, qué era?

Con. (*bajando la vista.*) Que fuese usted testigo de mi casamiento.

Ped. Santo Dios!

Enr. Cielos!

Con. Con su amigo de usted Eduardo...

Ped. Con quién? Qué ha dicho usted, señora? Con él? (Hombre maldito! No deja á una libre!)

Enr. Pero... Cómo? Es á usted á quien adora hoy dia?

Con. Lo ignoraba usted?

Enr. Oh! Si señora! Por mi desgracia lo ignoraba. Sabia que adoraba á un angel... pero no sabia que ese angel era usted.

Con. Enrique!.. Amigo mio!

Enr. Ah! olvide usted lo que ha oido! Olvídeme usted para siempre... y cásese usted con él.

Ped. Que se case con él? Eso es lo que yo no sufriré. De modo ninguno. Me opongo á ese casamiento. Y no crea usted que es por interés propio, no señora, no crea usted que es por mi hijo!.. Es por usted misma, por el cariño que le tengo á usted... usted no puede ser dichosa con semejante hombre.

Con. Qué está usted diciendo?

Ped. Oh! Si usted supiese como yo, quién es él? Si yo le dijese á usted...

Enr. (*interrumpiéndole.*) Por Dios, padre, calle usted en nombre de la amistad... y hasta del honor.

Ped. (*enfadado.*) Pero hombre! Si es tu rival?..

Enr. Con mayor motivo.

ESCENA IV.

Dichos y Eduardo.

Con. (*saliendo á su encuentro.*) Ah!... venga usted, Eduardo, venga usted á ayudarme á reparar mi falta para con un amigo, ante quien somos muy culpables.

Edu. (*turbado.*) Qué dice usted?

Con. Lo habia escogido para testigo de nuestro enlace, y acabo de saber...

Edu. El qué? En nombre del cielo acabe usted!

Con. Estaba tan lejos de sospechar los sentimientos que le habia inspirado...

Edu. Cómo! Y era eso! Amaba á usted? Si, debes aborrecerme, Enrique; (*acercándosele y estrechándole la mano.*) bien te lo habia dicho: mi amistad es fatal! Lleva consigo la desgracia.

Enr. Descuida, amigo mio, yo olvidaré mis penas, para no pensar mas que en tu felicidad... Y usted, señora, si usted cree que debe conservarme alguna amistad... voy á pedirle una prueba.

Con. Cuál, amigo mio!

Enr. El no cambiar, ni alterar en nada lo que estaba decidido para hoy.

Ped. Vamos, esto es ya demasiado! Con que quieres ser todavia...

Enr. Si, es un derecho que la amistad reclama... un deber con el que cumplo.

Con. Cómo? Tanta generosidad!...

Enr. Está convenido. No es cierto? Pues bien, no hablemos mas de mi... hablemos de ustedes. (*viendo*

llorar á su padre.) Vamos, padre mio! Ha de tener usted menos valor que yo?

PED. Hijo de mis entrañas!... (*abrazándole.*)

ENR. Pues qué, siempre se ha de pensar en sí mismo? Es preciso pensar tambien en la felicidad de los demas... Esto consuela al menos. Supongo que esperará usted numerosa concurrencia?

CON. Oh! no; al contrario. He querido que nuestra boda se haga sin ninguna ostentacion... en familia. Usted por parte de Eduardo, y mi tio el general por la mia.

PED. El general!

CON. Si; ha sido siempre como un padre para mi. Le he hecho venir como á usted, sin decirle ni una palabra del objeto. Desde ayer está aqui con su muger.

EDU. Su muger!

PED. (Pues!.. Otra.)

CON. Y por cierto que estraño como no han bajado.

EDU. (*bajo á Enrique.*) Y qué vá á ser de mi! Porque estoy seguro que nada va á detener á Teresa...

CON. Aunque, sin duda, mi querida tia, estará todavia en el tocador... Porque para ella ese es un asunto de estado. Qué será cuando sepa que se trata de un matrimonio? No me perdonará nunca que no la haya avisado.

EDU. Pues bien, le ruego á usted que no le hable de ello todavia... ni tampoco al general.

CON. Y por qué?

EDU. Por razones que ya sabrá usted... que yo le esplicaré mas tarde. Pero en nombre del cielo! No le hable usted de mi; al menos en este momento. Luego... no digo que no.

CON. Y qué motivo puede haber...

ENR. Me parece que lo adivino. El amor propio sin duda. Se ha burlado tantas veces del matrimonio delante del general... que en este instante... temiendo su burla, que seria implacable...

PED. (Este hijo mio, es original! Pues no vá todavía á defenderle?)

CON. Cómo? Caballero! Seria usted como el filósofo casado? Se avergonzaria usted de ser feliz?

EDU. Sea ese el motivo, ó sea cualquier otro... Pero los oigo que se acercan... Si, ellos son, Luisa; pido á usted algunas horas de silencio mas, si es que no quiere usted causarme un pesar muy grande.

CON. No insista usted; hoy como siempre se hará su voluntad.

EDU. (Respiro! De aqui á la noche, habré tenido tiempo de preparar á Teresa.)

ESCENA V.

Los dichos, TERESA *y el* GENERAL.

TER. (*que entra hablando.*) Si señor; de seguro voy á tener jaqueca, con hacerme levantar tan temprano. (*mientras la Condesa se adelanta á recibirlos, Eduardo pasa al lado de Enrique.*)

GEN. Pues si son las doce dadas!

CON. Buenos dias, querido tio... buenos dias, mi linda tia.

TER. Es un gusto que la llamen á una tia, cuando es mas joven que su sobrina. No, no se enfade usted... la misma edad. Lo digo en todas partes, porque me vale siempre un millon de cumplidos á cual mas lisongeros. (*al volverse vé á Eduardo, y hace una esclamacion, pero se contiene; lo saluda con frialdad y se acerca alegremente á Enrique.*) Ah!.. Señor don Enrique. (*se detiene y se dirige á la Condesa.*) Y usted no me dice una palabra... y deja que me presente en un *negligé* tan horroroso. (*volviéndose otra vez á Enrique.*) Vaya, gracias á Dios que se acabaron las vacaciones. Espero que tendremos el gusto de recibir á usted este invierno...

GEN. (Que afan!) Si, si, ya me lo ha prometido. Ola! señor don Pedro! Tambien por aqui! (*saluda, y despues á Eduardo.*)

TER. Ya vé usted, el general cuenta con ello. Le quiere á usted mucho. Y yo estoy muy contenta al verlo rodeado de sus amigos. (*á don Pedro.*) Caballero, mucho celebro el volver á ver á usted. Y la amable Merceditas, cómo está?

PED. Me tiene muy disgustado... Está algo enferma.... y tan triste... que no sé que hacer con ella.

TER. No la ha traido usted á Madrid?

PED. No señora, no ha querido venir.

EDU. (Ah! respiro!)

GEN. Ya iremos á verla, cuando dejemos la corte.

TER. (*con aturdimiento.*) Si; pero en pasando el invierno. Lo mas tarde posible. No puedo ver el campo. (*gesto del General.*) Bien, si, ya me acostumbraré... casi me gusta ya... Hoy sobre todo... Aunque no sé para qué nos ha convocado la Condesa con tanta solemnidad.

GEN. Espero que nos sacará pronto de la duda.

CON. Todavia no. Sin embargo, puedo decir á ustedes la mitad de mi secreto... y confesarles que voy á casarme... hoy mismo.

TER. Es posible!

GEN. Perfectamente. Lo apruebo.

TER. Pues yo no se lo aconsejaria. Qué es lo que puede usted desear? No es viuda?

GEN. Y bien? Qué...

TER. Quiero decir, no es libre? No es rica? Y si me pidiera mi parecer...

CON. Para eso precisamente he convocado á mi familia.

TER. (*mirando alternativamente á Enrique y Eduardo.*) Pero estos señores me parece que no son de la familia.

GEN. Ya, ya lo adivino. Uno de ellos es el novio.

TER. (*ap.*) Si será... (*vivamente á la condesa y corriendo á su lado.*) Y cuál, Luisa?... Cual de estos dos señores...

CON. (*sonriendo.*) Jesus, que curiosidad! Pues querida tia, sin que esto sea faltar al respeto debido... le aseguro á usted que hasta despues de comer, no he de decir cuál de estos señores ha de ser mi marido.

PED. (*sonriendo.*) Desde luego, desgraciadamente, se puede asegurar que no seré yo.

CON. (*con mucha amabilidad.*) Y por qué no? Yo no esceptuo á nadie.

TER. (Ya caigo, si; y por eso está aquí su padre.) Tiene usted razon, lo apruebo; no podia usted haber hecho mejor eleccion. Tan bueno... tan amable... En su lugar de usted, hubiera hecho lo mismo... Porque siempre he tenido un flaco por él.

GEN. Por quién?

TER. Toma, por Enrique! Lo digo delante de él. Suceda lo que quiera, siempre seré su amiga, y no olvidaré jamás...

GEN. El qué? (*bruscamente.*)

TER. Que puesto que hay boda, habrá baile, y que bailaremos juntos... Si señor, bailaremos por mas que ponga usted ese gesto. Usted nos mirará, y estará tan divertido. Pues si, romperemos el baile usted y yo.

GEN. Pero...

TER. No hay pero posible; es de rigor. El rigodon de etiqueta. Señor don Eduardo, usted me invitará para la primera polka... puede que se la niegue, pero

no importa... es igual... pídala usted. Y además, tenemos que armar pendencia.

GEN. Y sobre qué?

TER. (*con frialdad.*) Ese es mi secreto. Vamos á ver, quién me sigue á dar una vuelta por el jardin?...

EDU. (*bajo á Enrique.*) Por Dios! Ayúdame, chico!

ENR. (*ofreciendo el brazo á Teresa.*) Señora! Se dignará usted aceptar...

TER. (*con disgusto.*) Oh! si. (*vanse.*)

GEN. (Este jóven... y ha hablado con Eduardo en secreto... Si será su confidente? Observemos.) Tomad mi brazo, don Pedro. Nosotros que representamos á la prudencia, sigamos á la juventud.

PED. Con mucho gusto. (*mirando á Eduardo.*) El general y él me hacen temblar. (*salen despacio.*)

ESCENA VI.

CONDESA *y* EDUARDO.

CON. Y bien, mi señor y dueño, está usted satisfecho? He ejecutado bien sus órdenes?

EDU. Ah! es usted tan buena! Tan generosa!...

CON. Y ahora, puedo ya saber?...

EDU. (Oh! no; de ningun modo! Perderia su estimacion.) Escúcheme usted, Luisa... es un secreto... que me oprime.. que me hace muy desgraciado... y que ya sabrá usted un dia... pronto tal vez... pero en este momento... por los dos, Luisa... no me lo pregunte usted!

ON. Cielos! (*con frialdad.*) Y ese secreto... interesa á nuestro amor? Le impide á usted el amarme?

DU. Oh! no! Ahora amo á usted mas que nunca! No amo mas que á usted! A usted sola en el mundo!

ON. Basta: no quiero saber mas. Sin confianza no hay amor... y yo tengo confianza en usted. No la ha hecho usted nunca traicion... ni se la hará... lo creo .. y estoy tranquila. Decida usted lo que se ha de hacer... allí estoy yo... á dos pasos... en mi cuarto... esperando sus órdenes... Y creo, que ya he probado á usted, que me considero por muy dichosa en seguirlas. (*vase por la puerta izquierda.*)

ESCENA VII.

EDUARDO, *despues* TERESA.

DU. Ah! cuán hermosa! Cuán prudente! Merece ser adorada por el mundo entero! Si; por siempre debo dejarla ignorar mis ofensas. Este descubrimiento la daria un golpe mortal. Cielos! Teresa!

R. (*entrando por la puerta derecha, y con una calma afectada.*) Caballero! Acabo de saberlo... y... no puedo creerlo todavía! Necesito oirlo de su misma boca de usted... Me quiere usted hacer ese obsequio?

U. Señora!

R. Su amigo de usted, Enrique, me acaba de decir ahora mismo, que no es él quien se casa. Al oirlo, he soltado su brazo y he venido aqui corriendo! Por que entonces, quién es? No siendo él, quién puede er si no usted?

U. (*con inquietud y mirando á la puerta de la izquierda.*) Silencio! En nombre del cielo!

R. Es usted. Bien lo veo. Y ha podido usted creer ue yo soportaria semejante traicion?

J. Hable usted mas bajo... se lo suplico! Teresa, por iedad, calle usted.

.. No señor, no quiero callarme! Quiero decirlo too... y á todo el mundo... Sus estravíos de usted y los ios, si... para que juzguen cuál de los dos ha sido mas culpable! Jóven y sin conocimiento del mundo, me obligaron á casar, me lo mandaron, y obedecí... porque... sabia yo entonces lo que queria decir siquiera esa palabra?... Sabia yo entonces lo que era yo misma acaso?

EDU. Teresa!...

TER. Ah! porque soy atolondrada, ligera, ha creido usted que yo nada veia... ni aun el abismo que tenia abierto á mis pies!... Desengáñese usted; sabía que esponia mi porvenir, mi reputacion, mi vida tal vez; pero era por usted, y esta sola palabra me hacia olvidar el peligro... me lo hacia olvidar todo!...

EDU. Oh! que tormento!

TER. Se ha conmovido! Ah! bien sabia yo que mi voz llegaria hasta su corazon! Que no querria dar una pena tan grande, á mí, que jamás le he dado ninguna... que le adoro tanto! Y en recompensa de tanto amor... ingrato! queria usted casarse con otra! Oh! no, no; no es cierto? Sí, y para no pensar ya mas en eso... para olvidarlo... vámonos ahora mismo, huyamos...

EDU. Teresa... por Dios! Sea usted razonable... eso es imposible!

TER. Imposible! Y por qué?

ESCENA VIII.

Dichos y DON PEDRO.

PED. (*entrando por la derecha muy asustado.*) Cielos! Y estan juntos! Qué imprudencia! Ya lo sospechaba yo...

EDU. Pero qué es eso? Qué tiene usted?

PED. Están ustedes perdidos! El general los anda buscando... Tiene sospechas...

EDU. Y de quién?

PED. No lo sé; pero está furioso.... y si encuentra á ustedes aqui...

EDU. Efectivamente, tiene usted razon. Huya usted por Dios, que no la vea.... (*conduciéndola hácia la puerta derecha.*)

PED. (*deteniéndolo.*) No, por ahi no... El general se dirijía hácia este sitio... me venia siguiendo...

TER. (*señalando la puerta derecha.*) Entonces por aquí...

EDU. (*con espanto.*) Oh! no! menos aun....

PED. Ya está aquí! El es! (*que habrá ido á la puerta derecha á observar y echando el cerrojo.*)

GEN. (*fuera y sacudiendo la puerta.*) Abrir aquí! Abran ustedes pronto!...

EDU. (*á don Pedro.*) Pero qué ha hecho usted?

PED. Toma! Echar el cerrojo.

EDU. Qué imprudencia! Eso es justificar sus sospechas...

PED. Qué quiere usted? Si se me vá la cabeza! Como no estoy acostumbrado á estas cosas...

GEN. (*id.*) Abrir aquí... O echo la puerta abajo!...

EDU. (*con impaciencia.*) Pero... abra usted!...

PED. Pues señor, supuesto que lo quieren...

TER. Ah! (*se entra precipitadamente en el cuarto de la izquierda.*)

EDU. Cielos! qué ha hecho! (*la puerta izquierda se cierra en el momento que se abre la derecha.*)

ESCENA IX.

DON PEDRO, *el* GENERAL *y* EDUARDO.

GEN. (*despues de un momento de silencio y haber mirado á todos lados.*) Por qué estaba cerrado aquí?

PED. He sido yo, maquinalmente y sin querer...

GEN. (*mirando á su alrededor.*) Usted, don Pedro?...

Yo creí encontrarme aquí á su hijo... y al subir lo he visto muy sentado leyendo... lo que me ha detenido, porque entonces... seguramente...

Ped. Oh! no señor! seguramente haría usted muy mal en sospechar de mi hijo.

Gen. Y de qué habia de sospechar?

Ped. (*muy embarazado.*) No, no sé. Quise decir... de tener ideas...

Gen. Y cuáles? Las tiene usted acaso? Tengo yo razon en tenerlas?...

Ped. (*ap.*) Dios mio! Quisiera estar á cien leguas de este hombre!...

Gen. (*cogiéndolo por el brazo.*) Quédese usted! Pero qué es esto? Está usted temblando? Y la turbacion que se le advierte, no será porque lo he encontrado aquí con este caballero. Usted no estaba solo, responda usted?...

Ped. (*temblando.*) No sé...

Gen. (*sacudiéndole por el brazo.*) Qué no lo sabe usted?...

Ped. Si señor, si; llegaba en el momento... acababa de entrar...

Gen. Pero cuando usted entró, este caballero no estaba solo...

Ped. Es posible... no digo que no...

Gen. Y con quién estaba?

Ped. Si... no sé nada... si yo no he visto...

Gen. Ya, huyeron cuando usted llegó?

Ped. Como usted guste...

Gen. Como yo guste...!

Ped. Quiero decir... que lo ignoro... porque yo no he visto como ha salido... el... el caballero que estaba aqui... porque era un hombre.

Gen. Pero cómo sabe usted que es un hombre, si dice usted que no lo ha visto?

Ped. No, no es que digo... es que supongo.

Gen. Un hombre... dice usted que un hombre... y sin duda será él quien se habrá dejado olvidado aqui esto? (*enseñando un guante que se habrá dejado Teresa sobre una silla de la izquierda.*)

Edu. Caballero! No consentiré... (*acercándose.*)

Gen. Ah! lo confiesa usted al fin... Mi muger estaba aqui con usted cuando el señor ha entrado y los ha sorprendido? Y por dónde se ha escapado?... Oh! no hay mas que esta puerta... yo lo sabré... (*señala la izquierda y se dirije hácia ella.*)

Edu. No señor, no entrará usted. (*poniéndose delante.*)

Ped. (Ay! Señor! Siento que me vá entrando calentura.)

Gen. (*fuera de si.*) Caballero! Mire usted que eso es confesarme...

Edu. Lo que usted guste... pero no entrará usted aqui.

ESCENA X.

Dichos y la Condesa.

Con. (*con calma.*) Y por qué no quiere usted dejar entrar á mi tio?...

Gen. (*con sorpresa.*) (La condesa!)

Ped. (Otra! este hombre las tiene á docenas!)

Con. (*á Eduardo.*) Al General se le puede confiar... (*al General.*) Si, querido tio, va usted á saber un secreto que queriamos tener oculto algunas horas mas. Este caballero, vá á ser mi marido.

Gen. Cómo! Eduardo!

Con. Me parece que este título autorizará suficientemente á los ojos de usted... la entrevista que teniamos hace poco, aqui... en este salon... Cuando este caballero nos interrumpió tan bruscamente... que me tube que retirar á mi cuarto. Es cosa muy mal hecha, señor de Sandoval, muy indiscreta.

Ped. Yo... señora... pido á usted mil perdones! (Pues señor, no hay remedio, soy el cómplice de todo el mundo.)

Gen. (*mirando continuamente hácia la puerta izquierda.*) Te confieso, sobrina, que tenia ya la cabeza de tal modo turbada... que sin lo que me estás diciendo, y la certidumbre de tu casamiento...

Con. (*puesto un guante solamente.*) Me quiere usted devolver mi guante?

Gen. Ah! si, estoy tan aturdido...

Con. (*observando la mirada del general.*) Pues ya que lo sabe usted todo, me hará usted el favor de leer el contrato matrimonial, que quiero someter á su aprovacion. Lo encontrará usted encima de esa mesa... ahi, en mi cuarto.

Gen. (*con prontitud.*) Con mucho gusto. (*vase.*)

Edu. Pero...

Ped. Cielos!..

Con. No teman ustedes nada; la he hecho salir por una escalera secreta que hay en mi tocador.

Edu. Ah! Señora! Cuanta generosidad...

Con. Me lo ha confesado todo...

Edu. Cielos!

Con. Por cierto que era inútil, porque todo lo habia oido.

Edu. (Se acabó ya mi esperanza!)

Con. Nada tiene usted que temer por parte de ella, porque ilustrada por sus peligros, y puede que por mis consejos, renuncie á usted para siempre.

Gen. (*con el contrato en las manos.*) Con efecto, es cierto, un contrato en toda regla. (*continúa leyendo.*)

Un criado. Una carta para el señor don Eduardo...

Edu. De Madrid?...

Criado. (*acercándosele y á media voz.*) No señor, es de una jóven que me ha encargado la entregase en mano propia.

Edu. (*bajo.*) Calla. (*alto.*) Está bien. (Que significará esto?)

Ped. (Apostamos á que es de otra muger? De seguro. Y no caerá fuego del cielo sobre él!)

Gen. Todos los articulos me parecen muy bien, muy convenientes; y creo que la familia no tendrá nada que decir. No hay mas que firmar.

Con. (*con frialdad.*) En cuanto llegue el notario.

Edu. (*á media voz.*) Cómo? Se dignará usted aun?

Con. Hágame usted el gusto de avisar á su hijo.

Ped. Voy, señora (Pobre hijo mio!)

Gen. Voy á buscar á mi señora, y dentro de un momento firmaremos todos. Y yo, que habia creido... Vamos, ruego á ustedes que me disimulen... Siempre me han de perseguir estas malditas ideas... y ademas usted tiene la culpa, don Pedro...

Ped. Que yo tengo la culpa!...

Gen. Pues es claro. (*vanse hablando.*)

ESCENA XI.

La Condesa *y* Eduardo.

Edu. Señora! Es imposible que sea usted tan indulgente, tan angelical? Ah! no puedo espresar á usted e reconocimiento que reboza en mi corazon.

Con. Pues no me debe usted ninguno. Si yo hubiese escuchado á mi justo resentimiento, no hubiera vuelt á ver á usted... porque he sido engañada, y ya e imposible la confianza entre nosotros... Pero la ruptura de este enlace, despertaria los celos del genera comprometeria á su muger, y hasta usted mismo al

riesgaria su vida. He conocido que era preciso causar ó su desgracia de usted ó la mia... y ya vé usted... no he vacilado.

EDU. Usted, Luisa! Usted desgraciada! Y por mi causa... Oh! nunca! nunca!...

CON. Si, debo serlo... es preciso... Mi corazon me dice, que con semejante carácter es imposible la felicidad!

EDU. Oh! no, no. No lo crea usted. Porque la amo con el alma! No amo á nadie en el mundo mas que á usted!... A usted, que ha alejado de mi los peligros; que ha disipado las nubes que oscurecian mi frente!... Oh! y como se creeria usted vengada, si supiera cuanto he sufrido.... Si conociera los tormentos que he esperimentado al engañar á la sola persona que amaba!.. Al reconocerme indigno de su ternura!.. Al avergonzarme diariamente á sus ojos!...

CON. Y á pesar de todo, me engañaba usted!...

EDU. Porque temia perder de otro modo esa ternura que constituia mis delicias; porque mi mismo amor, era quien me impedia confesar á usted hasta qué punto era culpable.

CON. Y era ese el secreto que me ocultaba usted y que hacia correr sus lágrimas? Y yo que lo compadecia... que lo consolaba!... Pero... lo he perdonado á usted, y no debo reconvenirle. Vamos, lea usted esa carta, que tal vez esperarán respuesta.

EDU. Qué importa? Ni siquiera conozco la letra.

CON. Sin embargo, léala usted.

EDU. Si usted lo desea... voy al momento (Ah! por fin respiro; por fin me veo libre... libre de no amar mas que á ella. Este es el primer momento dichoso que tengo hace mucho tiempo.) (*lee un poco.*) Dios mio! Qué veo!...

CON. Qué tiene usted?

EDU. Nada... nada...

CON. Oh! no tal! Usted tiembla! Qué es?

EDU. Una noticia... que por lo inesperada... (Ah! el infierno se ha desencadenado para perseguirme.) (*se pasa á la izquierda.*)

CON. Pero que es ello? No puedo yo saberlo?

EDU. Oh! jamás! jamás! Antes morir.

CON. Y quién sino yo, debe participar de sus pesares de usted, como de sus alegrias? Yo... su amiga... no soy ya su esposa? Si, lo soy... lo he dicho; es mi destino. Todo lo he olvidado, y para mi, ya no es usted culpable.

EDU. Luisa!

CON. Si, porque amo á usted mas que nunca... y deseo participar de sus pesares... lo quiero... me pertenecen... y no puede usted negármelo.

EDU. (Y en semejante momento, seria preciso confesar...)

CON. Y qué, no habla usted?...

EDU. Es... que... este secreto... no es mio... es de un amigo...

CON. De su hermano de usted tal vez?

EDU. No puedo ni justificarlo, ni escusarlo... pero en su dolor... en su desesperacion... se dirije á mi... me pide consejos...

CON. (*con firmeza.*) Pues bien, es preciso dárselos.

EDU. Y cómo?

CON. (*con dignidad.*) Como hombre de honor. Aconsejándole lo mismo que haria usted en su lugar.

EDU. Pero usted no sabe... que desconociendo los derechos de la amistad... de la hospitalidad... un error fatal, de que sus sentidos fueron víctimas...

CON. Y bien!

EDU. Y bien! Que es á la hermana de un amigo á la que ha ultrajado... la que implora su piedad...

CON. (*con indignacion.*) Su piedad, dice usted? El les debe justicia... reparacion... le debe su fortuna y su mano.

EDU. Pero... y si eso fuera imposible? Sino la amase... si ama, si adora á otra?

CON. Y qué? Puede pensar que semejante crímen no tendria que espiarlo? Si lo ha merecido, que se resigne á ser desgraciado... pero no á verse deshonrado. La duda solo de reparar los agravios que se han cometido, á los ojos del mundo, como á los mios... no merece mas que un sentimiento... el desprecio...

EDU. El desprecio! Ah! tome usted! Usted misma ha pronunciado su sentencia... lea usted.

CON. (*leyendo conmovida.*) «La desgraciada hermana de su amigo de usted se encuentra deshonrada, perdida... y bien sabe usted si ella es culpable. No exije nada... porque usted no le ha prometido nada. Y sin embargo, si la abandona usted, no tendrá usted nada que echarse en cara? Me he aprovechado de la ausencia de mi padre para venir, y estoy á la puerta de esta quinta esperando ardientemente su respuesta.—Si esta no alivia mi situacion, no esperaré á que mi vergüenza sea pública y aceptaré el único recurso que ya se me ha presentado en mi imaginacion, sepultando conmigo este funesto secreto. De este modo, nadie podrá reconvenirle á usted nunca por la desgracia, ni la muerte de la infeliz Mercedes!» Pobre niña! (*durante la lectura habrá estado Eduardo junto á la puerta muy agitado.*)

EDU. Silencio, que llegan su padre y su hermano.

CON. Cómo? Mercedes era... Dios mio! y ese amigo... ese... (*mirando el sobre.*) «Eduardo de Monterey.» Ah! (*da un grito y desaparece izquierda.*)

ESCENA XII.

EDUARDO, DON PEDRO, ENRIQUE.

EDU. (*sentado y muy abatido.*) La perdí sin remedio... pero me ha trazado mi deber... Lo cumpliré, y al menos me haré digno de su estimacion.

ENR. Vamos, amigo mio, ya ha llegado el notario, y aquí nos tienes como á tus testigos.

PED. (Pobre hijo mio! Cuán bueno es!)

EDU. Es inútil. Mi casamiento se ha desbaratado. (*se levanta.*)

PED. Qué dice usted?

ENR. Imposible!

EDU. No, no lo es. Esta union hubiera causado la desgracia de la condesa... y... sin duda la mia tambien... porque hace mucho tiempo que tengo otras intenciones y otros compromisos, que ahora solamente es cuando puedo realizar. Sé que voy á sorprender á ustedes, pero no importa, estoy resuelto. Señor don Pedro, usted conoce mi nombre y mi fortuna...

PED. Si, señor; ya sé que es buena.

EDU. Pues bien; quiere usted concederme en matrimonio á su hija Mercedes?

PED. Hum! Qué dice este hombre.

ENR. Eduardo! Estás en tu juicio?

EDU. Si, amigo mio; si quieres concederme á tu hermana....

ENR. A quien no has visto mas que tres ó cuatro veces en tu vida...

EDU. Que han bastado para amarla. Si, la amo, y la deseo por esposa.

PED. Vaya, vaya... déjeme usted en paz.

EDU. Será preciso que se lo jure á usted?

PED. Bonita cancion!

EDU. No añadiré mas que una palabra. Y si su hija de usted lo desea tanto como yo?
ENR. Si es asi, padre mio, yo creo...
PED. Pero hijo! Te parece que dé mi Mercedes á un hombre que tiene á cuantas vé?
EDU. Oh! Caballero! yo le prometo á usted que seré el mas constante, el mas fiel de los maridos. Ah! no sabe usted las angustias, los tormentos que me ha costado el ser hombre afortunado... el ser, como creia usted, dichoso! Mi felicidad, no ha causado mas que desgracias para mi y para cuantos me han rodeado.
ENR. Si, padre mio! Os juro que dice verdad... He sido testigo de sus penas!
PED. No, y cien veces no. No daré yo mi pobre Mercedes á un hombre cuyos procederes...
ENR. Cuáles?
PED. Su proceder para con la condesa! No te parece? Y lo declaro terminantemente; siendo cierto cuanto ha dicho, solo podria yo dar mi consentimiento, despues que ella hubiese dado el suyo.

ESCENA XIII.

Dichos y la CONDESA.

CON. Se lo traigo á usted, caballero.
EDU. (Dios mio!)
CON. (*conmovida.*) Confidente hace mucho tiempo de los secretos de Mercedes, sabia que amaba, aunque no á quién... Ahora he sabido que es al señor.
PED. Es posible! Pero cómo?... Vamos, yo me confundo...
CON. El cuál, desde hoy, será digno de su amor; y conocerá que una muger amable y virtuosa, merece el cariño de todo hombre de honor... encontrando, al mismo tiempo en su propia estimacion, y en la de sus amigos que lo perdonan, la felicidad que no han podido darle los placeres ni la inconstancia...
EDU. Ah! Señora!...
PED. (*á su hijo.*) Vamos, si se arregla de este modo, te casarás al fin con la condesa...

ESCENA XIV.

Dichos, el GENERAL *y* TERESA*: Teresa al ver á Eduardo quiere volverse; la Condesa da algunos pasos y la detiene.*

CON. Hágame usted el gusto de quedarse.
EDU. Como podria pagar tanta generosidad!...
CON. Haciendo que la que en este instante en su reconocimiento lo bendice, sea feliz.
EDU. Oh! si, si; lo prometo. Mercedes!.. Dónde está?
CON. Alli, en mi cuarto. (*señalando.*)
EDU. Ah! (*precipitándose hácia el cuarto.*)
PED. Mi hija! (*detenjéndolo y pasando delante de él.*)
TER. Qué vá á hacer?
CON. Su deber. Y nosotras, querida tia, el nuestro olvidándolo.

FIN DELDRAMA.

Junta de censura de los teatros del Reino.=Aprobada en sesion de 11 de julio de 1850.—*Baltasar Anduaga y Espinosa.*

MADRID, 1853.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, núm. 13.